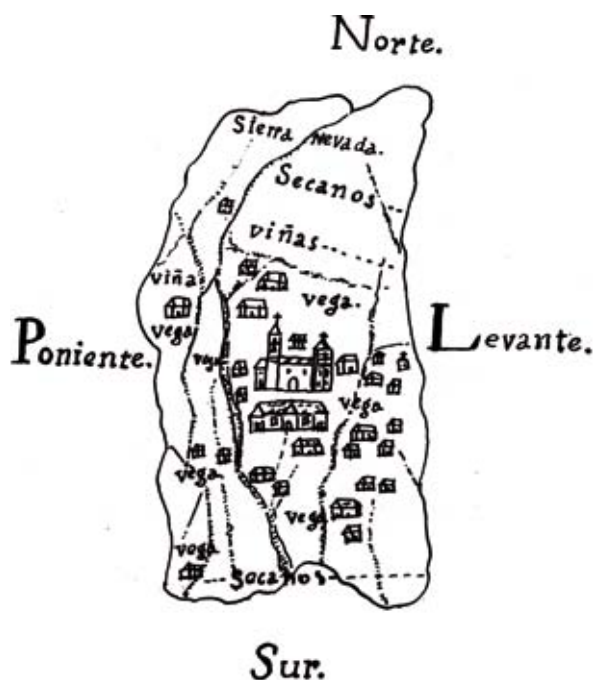


Las acequias de careo de Sierra Nevada

José Ramón Guzmán Álvarez



Croquis del término de Válor, en la Alpujarra de Granada, en el que se aprecia su distribución escalonada desde las cumbres de Sierra Nevada al valle, en un dibujo de mediados del siglo XVIII del Catastro de Ensenada interpretado por F. J. Gallego Roca.

Pasado el Puerto de la Ragua, una pista forestal se contornea fileteando la ladera de la Sierra. Cerezos, nogales y castaños en los patios de los cortijillos rehabilitados para el descanso dominical y festivo; paisaje predominante de pinares de repoblación, un verde tupido, denso, resinoso.

La pista pasa primero por el valle del río Laroles, cruzándolo a unos 1.750 m, junto al nacimiento de la acequia del Boy; luego traspone la vertiente a 1.850 m para acceder a la cabecera del río de Mairena; prosigue hacia el río de Nechite y, finalmente, tras doblar a 1.800 m, conduce al río de Válor, mostrándonos en apenas veinte minutos la sabiduría de la demarcación andalusí de las tahas, de arriba abajo, siguiendo la lógica de los valles.

Natalio nos espera en la acequia de Válor Alto, junto a la confluencia del río Chico con el río de Vá-



Natalio, acequero de Válor. (J. R. GUZMÁN)

lor. Estaremos a unos 1.980 m. Piornos, lastón, endrinos: paisaje de la alta montaña. La frescura de la acequia permite que crezcan “temblaeras”, hiel de María y otras hierbas.

La acequia es amplia: casi un río de agua. Ascendemos por el camino del lateral unos 300 m, con Natalio Garrido Ortega como guía (7 de junio de 2006):

“Esto es una acequia que decimos de careo. Es el mismo sistema que un pantano que almacenara el agua en invierno, y en primavera y verano abriésemos la compuerta despacio, conforme haga falta. Es un pantano al revés.

El sistema que seguimos aquí es el siguiente: en invierno se acumula la nieve en los ventisqueros, en lugares más umbriosos. Cuando llega marzo y abril, que empieza el calor, se comienza a derretir la nieve; entonces,



Acequia de careo de Válor (Granada). (P. PLAZA)

conducimos el agua por las acequias de careo a unos sitios que llamamos simas, cimas o careos, y la echamos. Se mete por debajo de la tierra y tras un recorrido de dos o tres meses, remanece y sale el agua al río, cerca del pueblo. Luego el agua del río se coge en presas para llevarla a las acequias. Esos mismos dos o tres meses que tarda en salir, los tenemos luego de agua para regar: o sea, que si metemos agua en las cimas en marzo, abril y mayo, luego tenemos el agua saliendo por el río en junio, julio y agosto y la metemos en las acequias.

Tenemos cuatro acequias de careo principales: la de los Vadillos, la de la loma del Jaral, la del Monte y la de la Hoya Cara. La de los Vadillos, por ejemplo, se toma a 2.000 metros, cerca del Puerto del Lobo, en el Río Grande. Más adelante se carga también con el agua del Río Chico, para recoger el máximo caudal. Recorre unos siete kilómetros. Todos sus careos vierten al río de Válor, y los que no van al río, remanecen en fuentes. Tendrá 14 ó 15 cimas. Yo tengo que distribuir el agua entre todos los nacimientos: corto

una u otra dependiendo del caudal de agua, primero las más próximas al pueblo, que están más abajo, y luego las más altas. Cuando la nieve afloja, el río también merma y se queda con su agua natural y ya no carga la acequia de careo: entonces, toda el agua del río se va por el río hasta el pueblo.

La acequia del Jaral tendrá cinco cimas; las del Monte y la de la Hoya Cara están en la otra vertiente: tendrán seis o siete careos: uno de los principales era el que antiguamente, cuando no había agua potable, remanecía en las fuentes para beber.

Cada cima tiene su recorrido. A la que tiene un recorrido más largo, dos o tres meses, se le echa más agua y se le mete el agua de las primeras. Desde la sima hasta salir al río, algunas pueden tener dos kilómetros o hasta cinco.

En distancia puede haber a lo mejor poca, pero lo que ocurre es que el agua entra en un sitio como si fuera un pozo ciego y tarda en salir, porque se formará una bolsa, digo yo.



Sima de la acequia del Monte. (J. C. ÁVILA)

En Válor, toda el agua va para Válor. En Mecina, comparten el agua con Bérchules.

Alguna vez han querido cementar estas acequias, pero eso no sirve, porque con el hielo se echa a perder y no te dura un invierno. El suelo, además, debe ir con un empedrado de rastrillo que aquí llamamos 'entraconao' para que los sedimentos que lleve el agua traben y se quede impermeable.

Sobre la acequia ponemos de vez en cuando puentes de losas para que rebose cuando va mucha agua, como si fuera un aliviadero.

En el pueblo, el agua se distribuye principalmente con la Acequia Real, que toma el agua del río a unos 1.150 metros. Además hay otras acequias que cargan del margen: Válor Alto, Acequia Alta, Morciguillos, Acequia del Lugar, Acequia de la Era Venegas, Acequia del Portil, Acequia de lo Hondo. Hay alguna otra que no carga del margen del río, sino de un barranco que remanece de los careos.

El agua se encabeza en la presa repartiéndola de la cabeza al final con unas horas según el riego que se

tenga. El acequero administra el agua por turno. El reparto va a hora de agua por fanega. Y por mucha vara que tenga uno, todos tienen la misma agua.

El turno depende del caudal. Lo normal son quince días. Si una acequia tiene tantas horas de agua, lo tiene que regar todo en quince días. Si el año viene muy seco, como éste, hace falta regar con más frecuencia, y si uno tiene derecho a veinte horas porque tiene tanta tierra, regará diez horas esta semana y otras diez la siguiente, en lugar de cada quince días. Por eso, dependiendo del caudal se sacan las horas. Ya es cuenta de cada propietario de que, si hay menos agua, siembre la mitad.

Si se dejasen de echar las acequias de careo y se condujera el agua por su corriente al río, en cuatro días de calor se agotarían los hielos y se quedaría todo seco. Todas las acequias tienen alrededor nogales, castaños; en donde suda el agua, da vida a los prados. Y si no cargas las acequias, cuando te hiciera falta el agua en agosto, ¿dónde la ibas a buscar si se te ha ido a la mar?



Abriendo careo en la acequia de los Vadillos de Válor (Granada). (P. PLAZA)

Antiguamente se sembraban yeros, trigos, patatas, centeno en lo más alto. Ahora lo que más se da en Válor son las habichuelillas y judías y patatas, sobre todo en verano. En las parcelillas también hay sus frutalillos: unos cerezos, unos manzanos, un nogal para el consumo.

La gente antes vivía y dependía de la sierra. Subían con mulos a traer la leña o la broza para los animales; como había gente permanentemente, procuraban de mantener las acequias: se ponían de acuerdo cuando subían para dar un repasillo y hacer los arreglos que hicieran falta.

Hoy todo esto se ha perdido: pastores apenas hay, ya no se va a por leña. Ahora hay que pagar los arreglos en la sierra, aunque en el pueblo todavía se mantiene algo del trabajo común.

El riego ha cambiado también: ahora la mayoría riega por goteo. Antes había que estar todo el día con la azada: hoy se hace un embalse, se aprovecha más el agua. Incluso te sobra y la que no se aprovecha, como la mayoría tienen vacas, echan el agua en los prados y los mantiene verdes.

Pero los careos tienen que estar. Hay que subir a la sierra todas las semanas: si llueve, tienes que quitar agua para que no desborde; si no llueve, tienes que retapar, meter agua. Si cae una llovizna, tienes que estar preparado porque se derrite la nieve de seguida. También hay que andar con ojo por los destrozos de los animales, de las cabras sobre todo y los jabalíes.

Tienes que estar con frecuencia dándole una vuelta, cuidar que el agua entre por todos los careos igualada. Porque si metes en uno 300 litros en lugar de 100, te saldrá antes por el río y se consumirá antes.

Desde el pueblo se echan tres horas andando; ahora hay coche y no es lo mismo, pero en invierno está muy malo y hay que subir con bestia.

Desde mi tatarabuelo hay tradición en la familia de ser acequero. Esto se lleva en la sangre. La juventud no quiere esto: mis hijos están de carpinteros y les va bien: a lo mejor el chico se pega a esto en el futuro. Cuando se acabe mi quinta, la gente joven tendrá que cambiar el sistema.

Es que esto no es atractivo para los jóvenes. Aquí lo usual ha sido buscarse la vida de cien formas, con un picoteíllo, como digo yo: las habichuelillas, la aceituna, unos jornales. Si te hace falta meter a alguien, viene uno a tornapeón y luego tú se lo echas a él cuando le hace falta. Pero esto ya no lo quiere la juventud.”



Trayecto de una de las acequias de montaña de Válor. (P. PLAZA)



Las manos del acequero, Válor (Granada). (J. R. GUZMÁN)

Los regadíos de Mecina de Buen Varón por Simón de Rojas Clemente (1805)

José Ramón Guzmán Álvarez



Retrato de Simón de Rojas Clemente.

El naturalista valenciano Simón de Rojas Clemente visitó Mecina de Bombarón el 21 de septiembre de 1805. En su diario de viaje recogió las impresiones suscitadas por el sistema de captación del agua del deshielo a través de las simas (Gil Albarracín, 2002). Estas notas deberían haber sido el germen de una *Historia Natural del Reino de Granada* que nunca pudo culminar.

Clemente aprovechaba algunas de sus experiencias para redactar artículos de divulgación que publicaba en revistas como el *Semanario de Agricultura y otras Artes*. Posiblemente ésta sería la finalidad de un texto manuscrito inédito sin fecha que se conserva en el Real Jardín Botánico de Madrid (t 1,15, 2,1), en el que desarrolla interesantes ideas sobre el funcionamiento y la posible génesis de este sistema de regulación del agua.

“El viajero que consagra sus tareas al bien de sus semejantes jamás debe distraerse de su objeto, aun cuando recorra los rincones menos frecuentados, más retirados del trato común, más oscuros y miserables de su país. Pues si, como sucede a veces, encuentra en éstos un hecho importante, realza infinito su descubrimiento la imposibilidad de que hubiese salido en mucho tiempo de la oscuridad en que había estado sepultado.

El que voy a describir, si se propusiera en una teoría sería silbado por los más como un aborto de la



Vista de Mecina Bombarón, en la Alpujarra de Granada, en una imagen de los años iniciales del siglo xx del *Portfolio fotográfico de España*. (AGENCIA ANDALUZA DEL AGUA)

imaginación mas desarreglada, concebido por proyectista que jamás ha salido de su [ilegible], visto el campo, ni es para ello. No es menos ridícula la terquedad del común de nuestros labradores en no desviarse una línea de la venerable rutina, que la ligereza de algunos pocos en adoptar ciegamente todas las recetas del Prior y de los Secretos de Naturaleza. Labradores, ensayad en pequeño todo lo que no choque evidentemente a los principios bien demostrados, pero jamás realicéis en grande pensamiento que no hayas ensayado, a no llevar consigo el mayor grado de evidencia.

Mecina de Buen Varón¹ está sobre el lado oriental de una loma que parte desde el eje o lomo de Sierra Nevada y corre hacia el sur separando los barrancos de Bérchul y Mecina. Lo muy pendiente y escarpado de esta loma y lo profundísimo de los barrancos dichos, junto con la poca agua que llevan en su parte superior, luego que pasa el gran deshielo de las nieves, excluyen toda idea de acequia por lo costosa, impracticable, difícil de ejecutar e inútil que sería ésta².

Los de Mecina observaban que el agua de sus barrancos provenía casi toda del derretido de los ventisqueros, parte que la desprendían en torrentes luego que aprietan los calores, parte empapándose, o tragando la roca la demás, para soltarla luego en fuentes que vierten a los mismos barrancos. Conque tomando el agua inmediatamente de los mismos ventisqueros, se lograba con menos desperdicio y bastante facilidad, pues se la podía hacer venir por el mismo filo de la loma, que es suave, o por la parte de ella que más acomodase, puesto que ya es [ilegible] muy sobrado el desnivel de los ventisqueros sobre la de los puntos en donde se necesita el agua. Hasta aquí nada tiene de singular el raciocinio de los de Mecina, pues que está hecho y reducido a practica por los otros pueblos de Sierra Nevada, cuyas acequias parten de los mismos ventisqueros perpetuos. Pero los ventisqueros que vierten por la loma de Mecina sólo duran hasta fines de junio: acaban precisamente en el tiempo en que comienza a necesitarse el agua para el riego.

¿Qué recurso queda? Uno muy sencillo y conocido: contener de la inmensa cantidad de agua que se precipita durante el deshielo cuanta pueda necesitarse en el resto del año rústico. Mas, ¿en qué depósito? La localidad, disposición de las lomas, etc., no da lugar a alberca, estanque, ni otro depósito alguno artificial: el hacerlo costaría tal vez más que vale toda el Alpujarra. La roca de que consta la loma es pizarra arcillosa toda, cubierta en algunos sitios de destrozos propios, roca que sabemos no presenta huecos considerables pertenecientes a su formación y que aunque suele tener hendeduras o simas propiamente dichas de todas dimensiones no las manifiesta aquí de ningún modo; antes bien, todo prueba que no las tiene y que la roca está tan sana y entera en esta loma como en el sitio menos trastornado de la Sierra.

Los datos que se necesitan para resolver el problema están ya todos indicados: o más bien, la resolución del problema está ya dada por la Naturaleza, que siempre nos instruye con hechos³. Hemos dicho que parte del agua en que se resuelven los ventisqueros se embebe o pierde en la roca de la que sale más abajo reunida en fuentes, y esto es común a todos ellos en Sierra Nevada: así, la famosa laguna de Baccares, aunque le estén entrando perpetuamente nieves o derretido de ellas, lejos de aumentar por esto en el verano hasta rebosar, merma continuamente, no precisamente porque la evaporación sea mayor que la cantidad de agua que le entra, sino porque el fondo de la laguna embebe más, que poco más abajo sale ya en fuentes. Así, basta traer el agua por una acequia estrecha desde los ventisqueros a los puntos de la loma que estén sobre las partes de ella misma en que se quiera regar, desparramarla en ellos y entretenerla para que se vaya hundiendo poco a poco; esto han hecho los de Mecina.

A lo largo de la loma, en el espacio de una legua desde el pueblo, tienen señalados con el nombre de simas once sitios que miran a su río, entre los que reparten⁴ toda el agua que pueden tomar de los ventisqueros que vierten al de Bérchul, desde primeros de marzo en que comienzan a derretirse, hasta fines de junio en que está ordinariamente casi apurada⁵. Mientras la cantidad de nieve que se derrite es corta, en los primeros y últimos días del deshielo, no llega el agua a las simas porque se pierde hundiéndose en el camino.

Casi todas estas cimas o sitios son un poquito hondos, los demás pendientes, pero semejantes a ellos hay muchísimos en la loma y en toda la sierra, y los segundos



Laguna en la zona de cumbres de Sierra Nevada. (A. CASTILLO)



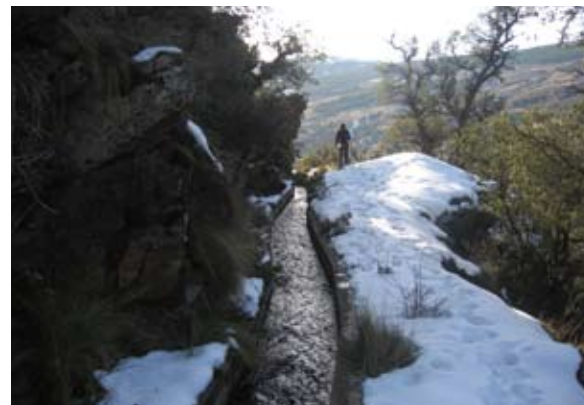
Cascada de un torrente en la Alpujarra de Granada. (J. M. ALBA)



Acequia de Mecina, en Mecina Bombarón (Granada). (P. PLAZA)



Dibujo de paisaje con acequia y sima de careo en el área de Mecina, en la Alpujarra de Granada. (ITZIAR LÓPEZ ZANUETA)



Acequia de Mecina en época de nieves. (P. PLAZA)

nada presentan que no sea lo comúnísimo en ellas. En una palabra: cuando yo iba reconociendo las simas, no las distinguía de cualquier otro sitio común de la sierra, sino por las señales que el agua había dejado en ellas.

La capacidad de las simas es desde tres cuartillas de sembradura de centeno hasta tres fanegas y tres cuartillas. La mayor de ellas traga hasta cuatro caces de agua a un tiempo sin rebosarla, hasta que se harta. El agua con que se llenaron tarda de ocho a 20 días a brotar en fuentes cuya distancia respecto de su sima respectiva es desde un tiro de piedra a 1/4 de hora. A fines de Agosto se iban ya agotando algunas de estas fuentes en el presente año, y son muy pocas las que aguantan hasta que vengan a su socorro las lluvias de otoño. La situación de las simas está respecto del terreno tan sabiamente calculada como la pudiera haber trazado géometra sobre un plano⁶. La escasez de agua que echarles hace que ésta se reparta a veces en proporciones que no agradan a todos los propietarios, por quedar perjudicados los que tienen sus tierras bajo de las simas en que se echa menos. Sería muy curioso comparar la cantidad de agua que se echa en las simas con la que sale visiblemente de ellas para averiguar la pérdida total de agua.

El origen de este feliz hallazgo se pierde en la tradición. Los naturales lo atribuyen á los moros, como todo lo que tiene una fecha desconocida a ellos, porque el vulgo de Andalucía ignora que hayan ocupado su tierra antes de ellos otros que los moros. Pero otros datos de la tradición y de la Historia nos inducen a creer que el pensamiento y uso de las simas es uno de los rasgos originales y sublimes que distingue a la Agricultura árabe. Lo sensible es que

sus sucesores, ya que no lo han dejado perder como otros muchos, lo hayan mirado con tanta indiferencia que ni siquiera se hable de él fuera de los dos o tres pueblos más inmediatos. Sólo Yegen tiene dos simas iguales a las de Mecina.

El fenómeno de las simas creo que se explica muy naturalmente por la naturaleza de la roca en que se verifica comparada con las propiedades del agua en la pizarra arcillosa. Por su textura y por las pequeñas hendeduras en que suele abundar, chupa la humedad con la mayor avidez donde quiera que la encuentra; corre ésta por sus intersticios como por los capilares de una esponja y brota al fin en fuentes empujada por la que viene detrás y arrastrada después por la que va delante.

En esta suposición que me parece necesaria podría establecerse, o al menos debería ensayarse, el uso de las simas en todos los terrenos esquistosos que comunicasen con ventisqueros considerables por medio de unas lomas esquistosas. Ni las rocas compactas, las compuestas, ni las terreras tienen propiedades tan importantes a la humanidad como las esquistosas. Los primeros pueblos que debieran hacer el ensayo propuesto son los del Marquesado del Cenete: probablemente hay otros muchos en la Península y dominios españoles a quienes sería no menos ventajoso.

Mis esperanzas en esta parte dependen de los progresos que hagan en la Nación estas verdades sagradas: la Agricultura es una de las ciencias más vastas y difíciles, así como es la más importante: tiene por auxiliares a todas las ciencias naturales, principalmente a la Historia Natural, que debe considerarse como un ramo suyo.”



Terrazas de cultivo, y puente de presumible origen romano, en los barrancos de Mecina Bombarón (Granada). (J. MORÓN)

En su diario de campo, (Gil Albarracín, 2002, pp. 705-706 y 718) Simón de Rojas Clemente aclara que las simas eran cargadas cuatro días a la semana desde marzo hasta fines de junio, aunque ese año concreto hubo caudal hasta la Virgen de Agosto. Las simas de Mecina, detalla, “corren a lo largo de la loma que media entre su río y el de Bérchul, desde frente al pueblo hasta una legua de él, de la acequia principal que arranca de los ventisqueros no perpetuos que vierten al río de Bérchul, y después tuercen a la vertiente de Mecina, parten otras parciales que llevan cada una el agua a su sima”.

En resumen: este peculiar sistema de regadío tenía por finalidad a principios del siglo XIX regar campos de centeno en altura y alimentar las fuentes situadas junto a los pueblos. Llama la atención que sólo se citen simas en Mecina de Bombarón y Yegen, aunque es posible que debido al aislamiento de los pueblos en aquella fecha no se tuviera conocimiento de su presencia en otros términos.

NOTAS DEL MANUSCRITO DE SIMÓN DE ROJAS CLEMENTE

1. Uno de los pueblos mayores de Sierra Nevada.
2. Pero sin embargo, Mecina apenas tiene más subsistencia que el regadío: pues su terreno, como lo demás de la Alpujarra, presentando casi en todas partes la roca pendiente viva que, cubierta con una ligera capa del deshecho de ella, retiene poco la humedad y sólo a fuerza de riego puede dar fruto.
3. Por medio de acequias parciales.
4. El hallazgo de las simas pudo ser muy bien efecto de la casualidad; pero esta casualidad es más inconcebible que el que se hiciera por los pasos que voy suponiendo.
5. Este año ha corrido agua a las simas hasta mitad de agosto.
6. No así la acequia que conduce el agua a ellas, pues debiera ser a lo menos más estrecha y honda para que no se perdiese tanta agua en el camino.